

§ III

INDÍCANSE ALGUNOS MEDIOS PARA FORMAR ATRICIÓN

- 10.** Un acto de contrición perfecta es difícil.—**11.** La atrición es fácil.—
12. Medio primero.—**13.** Segundo.—**14.** Tercero.—**15.** Cuarto.—
16. Quinto.—**17.** Ejemplo.—**18.** Resumen y conclusión.

10. Magna y difícil cosa es—dijo San Bernardino de Sena—formar un acto de *perfecta contrición*; pues aunque realmente consiste en el libre albedrío de la voluntad y en la elección de la razón (1), sin embargo, como toda ella se funda en la *caridad divina*, ó sea en el amor de Dios sobre todas las cosas, no siempre tiene el alma suficiente abnegación para sobreponerse á sus pasiones y movimientos de interés personal, ni se halla dispuesta á padecer cuanto fuere necesario por amor á Dios, primero que ofenderle.

11. Mas no sucede así con el dolor de atrición; pues como éste proviene del *temor* y de la *esperanza* en Dios, ¿quién habrá que, sintiéndose culpable, no tema su divina justicia, y quién que no desee gozar de su presencia como el mayor de los bienes apetecibles? ¿Quién no teme el infierno? ¿Quién no espera la gloria? ¿Quién no desea y ama su propio bien? Únicamente los incrédulos y corrompidos son los que pueden cegarse de manera que no vean la luz divina y no sientan las dulces emociones de la esperanza cristiana.

Es, pues, fácil á los creyentes formar atrición de sus culpas, ayudados de la divina gracia, que nunca la niega el Señor, y nada más razonable que mortificar voluntariamente sus desordenadas pasiones con la esperanza de mayores bienes. La voluntad ha pecado complaciéndose en lo malo, y la misma voluntad tiene que deshacer su mala obra detestándola y doliéndose de todo corazón (2). Dentro de nuestro pecho tenemos la víctima que inmolar; dentro tenemos el incienso que imponer; dentro tenemos el sacrificio que ofrecer á Dios, y Dios bondadoso lo acepta, según aquellas

(1) Magna atque difficilis res est habere contritionem; licet enim in voluntatis libertate, et rationis electione contritio consistat; tamen ex altera parte difficultas est habere contritionem. (San Bernard., Sen., tomo I, S. XII, a. 2, cap. I.)

(2) Llámase á esta detestación *contrición del corazón*, porque muchas veces las sagradas Letras toman el nombre de *corazón* por lo mismo que *voluntad*. (Catec. del Concil., p. II, cap. V, n. 26.)

palabras de David: *Sacrificio agradable á Dios es el espíritu atribulado; al corazón humillado y contrito Dios no le desecha* (1).

¿Qué medios emplearemos para conseguir en la práctica, no sólo la *atración sobrenatural*, sino también la *contrición perfecta*, que es á lo que todo corazón cristiano y toda alma generosa debe aspirar? Varios son los que enseñan los Doctores.

12. EL PRIMERO de todos es la *oración*, porque el arrepentimiento y el deseo de convertirse es merced de Dios, y para obtenerla fácil y convenientemente es preciso pedirla. Así lo practicaron David, la Magdalena, San Pedro, la Cananea, San Agustín y otra multitud de Santos que hicieron violencia al Señor con sus continuas y fervorosas oraciones, hasta conseguir la contrición, las lágrimas, el perdón, la gracia y la gloria.

13. EL MEDIO SEGUNDO es *traer á la memoria los beneficios divinos*, los pecados cometidos y sus innumerables daños, lo cual ciertamente basta para compungir el espíritu y clavar la espada del dolor en medio del corazón ¿Quién no se contrista al considerar su ingratitud para con Dios tan soberanamente amable, que con su generoso, infinito y desinteresado amor no cesa ni quiere cesar un punto de prodigarnos maravillosos dones corporales y espirituales de gracia y de gloria? ¡Oh Dios mío!—debe decir el cristiano:—me has amado *ab aeterno*, me has criado en el tiempo, y cuando yo era reo de muerte eterna, tú me has redimido con tu sangre preciosísima, y todo por puro amor hacia mí, deseando vivamente concederme otros innumerables beneficios. ¡Yo me arrepiento, Dios de mi vida, y propongo no tornar á ofenderte nunca jamás! ¡Qué bueno es este medio!

14. Sin embargo, hay un TERCERO que habla muy alto al corazón de todo buen cristiano. ¿Quién, que tenga fe, no siente honda pena al reflexionar que por el pecado grave ha perdido *la gracia de Dios, el derecho al reino celestial, los méritos de todas sus buenas obras*, y, sobre todo, que ha perdido á *Dios mismo*, fuente inagotable de todos los bienes?

Deténgase el alma piadosa y diga: ¡Perdida *la gracia*, sin la cual ninguno puede ser amigo de Dios! ¡Perdido *el precio de la sangre de su divino Hijo Jesucristo*! ¡Perdido el don de *la caridad*, sin el cual nadie ama al Señor cual conviene ni puede ser amado de Dios! ¡Perdidos también *los dones del Espíritu Santo y las virtudes*

(1) Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet. Psal. L.

infusas que constituían el más precioso ornamento del alma!... ¡Qué pérdidas!

¡Perdido el derecho al *reino de Dios*, á su *herencia eterna*, á la *flibación divina*, sin poder con verdad decir: *¡Padre, Padre!* ¡Perdidos los merecimientos de todas las obras buenas..., perdida la paz y la tranquilidad de la *conciencia*..., perdida la gloria y perdido á Dios mismo, sin poder ya considerarle como Padre, ni como Pastor, ni como Esposo, ni como amador..., sino únicamente como Juez, y levantando la vara de su justicia para dar eterno castigo!... ¡Oh! Si esto no es suficiente para que broten en el corazón cristiano espigas de dolor, no sabemos que haya en el mundo cosa capaz de conmo- verle.

15. Para las almas buenas, que tengan en poco ó en nada los motivos interesados y de temor que dejamos expuestos, básta- les elevar su espíritu y *considerar la hermosura infinita de Dios y sus divinas y adorables perfecciones*. Este es un *cuarto medio* que rinde y vence por completo á los corazones generosos; pues á poco que se detengan, quedan completamente enamorados de su majestad soberana, y no pueden menos de exclamar compungidos: «¡Oh Dios y Señor mío! Yo os amo sobre todas las cosas *por ser Vos quien sois*; porque sois infinitamente bueno, infinitamente hermoso, sabio, justo, perfecto, benigno, inmenso, eterno, omnipotente... Yo os amo de todo mi corazón y abomino todo pecado, por ser ofensa vuestra, y propongo firmísimamente no desagradaros más en lo sucesivo.» Las almas cristianas que de veras amen á Dios entenderán bien la eficacia de este medio, mas por si hubiere alguna tan débil en dicho amor, que necesite estímulos, le recomendamos la consideración siguiente:

Hallábase Moisés en el monte Oreb, y al ver que una zarza rodeada toda de fuego no se quemaba, quedó completamente maravillado; de igual manera, oh alma piadosa, contéplate á ti misma toda circundada y como compenetrada de Dios y de su fuego sagrado, contéplate como morada suya por la gracia santificante, y si tu corazón no arde en el incendio infinito de su amor divino maravíllate de ti misma, y dile al Señor: «Dios mío y amor mío, ¿qué hago? ¿Rodeada estoy de tu amor y no te amo? ¿Ardiendo estoy en tu fuego y no me quemo? ¿Tu adorable Persona llena el mundo: un horno de fuego divino es todo el universo, y yo no me abraso en sus llamas?»

16. En suma, hay un *quinto medio* poderosísimo para mover, nuestro corazón al dolor, y consiste en *hacer mentalmente*, después

del examen de conciencia, tres visitas detenidas en esta forma: Primera *al Infierno*, y contemplando aquellas llamas abrasadoras, decir: «Aquí, en este fuego, y entre estos réprobos infernales, merezco yo estar por mis pecados, y el Señor misericordioso quiere librarme, si yo ahora formo dolor de ellos y me confieso y me enmiendo.» La segunda visita es al cielo, donde el alma, contemplando aquellas inefables y eternas delicias, dirá: «Esto es lo que el Señor me tiene prometido; esto es lo que pierdo por mis culpas, este es el reino de Dios que yo quiero conquistar detestando para siempre todos mis pecados.» Finalmente, la tercera visita es al *Calvario*, y allí, contemplando á Cristo nuestro Señor crucificado, agonizante por nuestro amor y con los brazos abiertos para abrazarnos, si nos arrepentimos, decir: «¡Jesús mío, ese es tu amor! ¡Jesús mío, esa es mi obra! ¡Jesús mío, no quiero que sea perdido el fruto de vuestra sangre! Yo me duelo de mis culpas y propongo no volver nunca á ofenderos.»

17. Ejemplo sublime de dolor por las culpas cometidas nos ofrece Santa María Magdalena en su admirable conversión. Sabiendo ella que Jesucristo estaba convidado á comer en casa del Fariseo, fiel á la gracia de Dios que obraba interiormente en ella, va allá sin dilación; no se avergüenza de mostrar su arrepentimiento, ya que no se había avergonzado de escandalizar con sus liviandades. Entra en la sala del convite, y no atreviéndose á comparecer delante de Jesucristo, se postra humildemente á sus pies por la espalda, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, derrama sobre ellos un vaso de perfumes preciosos, haciendo así servir para expiación de sus pecados lo que ántes había empleado para ofensa de Dios. En fin, fué tal la viveza del amor y del dolor que animaba á la Magdalena, que mereció oír de la boca de Jesucristo aquellas palabras tan consoladoras: *Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho.*

18. He aquí un rasgo expresivo de los portentosos efectos de la contrición; tal es su índole propia y la necesidad imperiosa que de ella tenemos. La contrición perfecta no siempre es fácil, mas la atrición nunca es difícil; y como esta última basta para que, mediante el Sacramento de la Penitencia, quede el alma justificada, regocijese todo cristiano, porque Dios nuestro Señor ha puesto á nuestra disposición medio tan fácil y tan seguro para ir al cielo.

Formar actos de perfecta contrición obliga, como arriba queda apuntado, en varias ocasiones de la vida, muy en especial en la hora de la muerte; pero *la atrición basta* para el Sacramento de

la Penitencia; y si bien es cierto que *conviene* formarla cuando se hace el examen y repetirla antes de la confesión, sin embargo es bastante que se haga después de ella, con tal que preceda á la absolución sacramental.

Podrá acontecer que algunas almas se encuentren áridas y como insensibles para formar dicha atrición, mas aun en ese caso es fácil ayudarse *con la oración, con el recuerdo de los beneficios divinos ó de los daños que nos causa el pecado, ó considerando la hermosura de Dios y sus perfecciones infinitas.* ¡Bendigamos al Señor una y mil veces porque conociendo nuestra debilidad, se ha dignado establecer en su Iglesia el Sacramento consolador de la confesión auricular!

CAPÍTULO X

Fin de la doctrina sobre la atrición sacramental

1. La estatua de Nabucodonosor. — 2. Aplicación al Sacramento de la Penitencia.

CÉLEBRE fué en las Santas Escrituras aquella colosal estatua de Nabucodonosor, cuya cabeza era de *oro*, el pecho y los brazos de *plata*, el vientre y los muslos de *bronce*, las piernas de *hierro* y los pies en parte de *barro*. Quiso el Señor destruir aquella enorme figura y para ello se valió ¡quién lo creyera! de una simple piedrecilla. Sin manos se desprendió de un monte, rodando cobró gran velocidad, y tocando en los pies de dicha misteriosa estatua, como eran frágiles, todo vino al suelo; y el barro, y el hierro, y el bronce, y la plata, y el oro, convirtiéronse en menudo polvo, que fué esparcido por el viento.

2. De semejante manera acontece en el Sacramento de la Penitencia. El hombre, insensato como Nabucodonosor, pecando y para pecar, levanta en su corazón una estatua idolátrica, y levantada la adora. En el *oro* adora las *riquezas*; en la *plata* los *hombres*; en el *bronce*, los *placeres*; en el *hierro*, las *venganzas*; en el *barro*, las *miserias* de su corazón; mas Dios nuestro Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, destruye el ídolo infame con la simple recepción del Sacramento de la Penitencia. Cual débil chinita desprendida del monte, viene á nuestra inteligencia una leve inspiración de Dios, una luz y moción de lo alto, y tocando al barro frágil de nuestro corazón, infunde en él saludable *temor*, y dicho temor auxiliado por la *esperanza*, inicia el *amor*, y este amor, aunque imperfecto, basta en el dolor de corazón para que, en virtud del Sacramento, el ídolo de las culpas quede pulverizado y desaparezca de nuestra alma como polvo que el viento lleva ó como espuma que deshace la ola.

¿Qué es el *temor* de Dios divinamente inspirado, sino una como piedrecilla sin mano, que viniendo de lo alto hiere el ídolo satá-